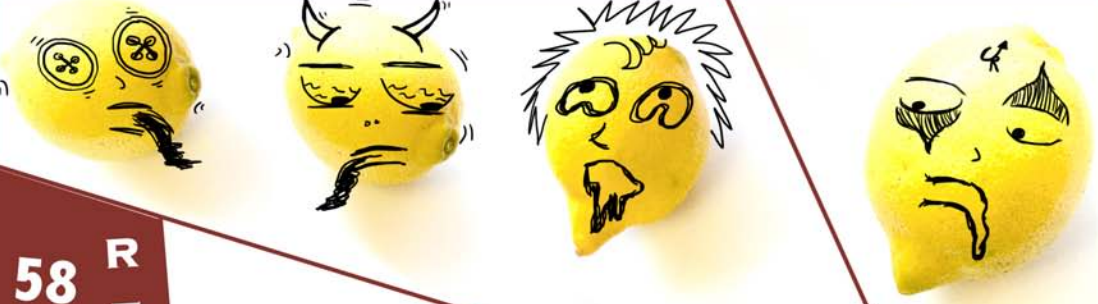


58 PÁGINAS
RELATOS
BASADOS
EN
CORTEO
NO FUE
POR
CASUALIDAD



~~SI~~ ~~NO~~
FUE POR
CASUALIDAD



Josep
Játiva

Este relato es una obra de ficción. Los personajes, los hechos y los diálogos son productos de la imaginación del autor y no deben ser considerados como reales. Cualquier parecido con hechos o personas verdaderas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Autoedición: diseño de interiores y portada: Josep Játiva

Septiembre 2012

© Josep Játiva, 2012



Sí, fue por casualidad por Josep Játiva se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor/editor. Todos los derechos reservados.

Nota del autor:

Decidí escribir este relato debido al gran número de comentarios preguntándome: Cómo fueron el resto de los asesinatos de Alejandro y cómo continuó su plan de venganza. Y es verdad que en la novela original solamente se desarrolla el primero de ellos. Pero como ya comenté, la novela se centra en los acontecimientos que le suceden a su abogado y protagonista, Rubén. Por lo tanto, sólo podemos saber lo que vivió durante aquel fatídico día. Para los que la leyeron, sabrán a que me refiero. Y los que no la hayáis leído, no os preocupéis. La historia que se cuenta en este relato es autoconclusiva. Y aunque hace referencias a la novela original, es perfectamente entendible sin saber lo acontecido en ella.

Así que si eres uno de los que la ha leído, despejarás algunas de las dudas que se quedaron en el aire en la historia original.

Y si eres uno de los nuevos lectores, puede servirte como introducción al mundo de "No fue por casualidad".

*Espero que os guste y sin más, os dejo leer tranquilos.
Un saludo.*

Josep Játiva

Agradecimientos:

Me gustaría dedicar este relato a todos los que se interesaron por leer la novela: No fue por casualidad. Y en especial a María José Rico, a mis padres y familia.

1

Los ronquidos de su compañero de celda no le dejaron dormir la pasada noche. Alejandro se levantó con más ojeras que de costumbre. Hoy, al igual que ayer, tenía un motivo por el que levantarse. Volvía a recibir la visita del periodista elegido por su madre, de entre más de doce candidatos, para escribir su historia. Se puso los zapatos y esperó paciente en su cama sentado en la litera de abajo, la llegada del funcionario de prisiones. El otro recluso que compartía celda lo miró sin dirigirle la palabra y escupió en la pila, como cada mañana.

—¡Jodida muela!—protestó asqueado el recluso mientras se tocaba la zona dolorida—. Me la voy a arrancar.

—No digas tonterías —comentó Alejandro.

—Claro, como tú estás acostumbrado a que te partan la cara, pedazo de mierda... —le contestó tajante su compañero.

La pasada noche durante la cena, un par de reclusos montaron pelea, y como no podía ser de otra forma, Alejandro acabó en medio de todo aquello. Esta vez, le

habían roto el labio inferior; la última, una ceja rota y una fisura en la costilla derecha.

—Qué ganas tengo de que te metan cuatro navajas... —susurró el joven recluso en su celda. Sabía que su compañero lo escucharía.

Éste rió exageradamente, terminó de lavarse la cara y sin perder un minuto se abalanzó sobre él. Puso sus manos en el cuello de Alejandro y presionó con fuerza.

—Vuelve a hacer un comentario como ese y te juro que te mato con mis propias manos.

Lo amenazó y escupió en la cara antes de liberarle. Se apartó y continuó como si nada de aquello hubiera sucedido.

Alejandro se levantó, procurando mostrarse lo más calmado posible. Sin dejar de mirar a su agresor, se acarició el cuello enrojecido. Se dio la vuelta y se limpió la cara con las sábanas de la litera superior.

—No estás bien de la cabeza ¿verdad? —comentó el recluso mientras se le acercaba amenazante.

En ese preciso instante apareció el funcionario al otro lado de los barrotes.

Los golpeó para llamarles la atención.

—¡Tú! Ven conmigo —le ordenó a Alejandro.

El otro recluso, sin perderse ningún detalle, los miró con desprecio alejarse por el pasadizo. Alejandro dio gracias a Dios por haber salido ileso de aquella celda. Por una vez, conseguía librarse de una paliza. Y quizá, con un poco de suerte, aquella noche su compañero habría olvidado todo debido a sus pérdidas de memoria producidas por las drogas.

El periodista lo esperaba configurando su grabadora digital. Abrió su mochila, sacó unos cuantos folios, comprobó que su bolígrafo funcionaba y miró la hora en su teléfono móvil. Su impaciencia era demasiado evidente; sabía que aquella novela iba a ser un éxito asegurado. Estaba ansioso por ponerse a escribirla, pero debía ser paciente ya que todavía era demasiado pronto para desvelar públicamente las intenciones de publicar aquella historia. Habían demasiados buitres que podrían robarle la gallina de los huevos de oro.

Llevaba veinte minutos esperando en la sala desde que había solicitado la presencia del asesino más famoso del momento. Ordenó los folios con la transcripción del día anterior. Todo debía salir perfecto, no quería dejarse ningún detalle por preguntar. Todo, absolutamente todo, debía quedar presente en la novela. Tenía que ser perfecta. ¿Cuántos ejemplares se venderían? ¿Diez millones? ¿Veinte quizá? El periodista fantaseaba con la idea de convertir esa cantidad de copias en dinero, cuando el asesino hizo acto de presencia en la sala.

El entrevistador se levantó y con un sutil gesto le saludó. Alejandro no se percató de ello y se sentó sin más. El funcionario le volvió a repetir el proceso a seguir en caso de problemas con el recluso y abandonó la sala.

—¿Qué te ha pasado en el labio? —le preguntó el periodista al tiempo que cogía la grabadora.

—Eso no es relevante para la historia —aclaró Alejandro en tono distendido.

—Perdona, no quería molestarte.

—No es ninguna molestia, es que vamos justos de tiempo y no lo vamos a perder en anécdotas de penitenciaría.

—En eso te doy toda la razón —afirmó el entrevistador mientras repasaba la transcripción del día anterior—. Nos quedamos justo cuando, accidentalmente, acabaste con Rafael Sanz. ¿Qué hiciste después? ¿Cómo saliste de allí?

El periodista encendió su grabadora y la puso en el centro de la mesa. Alejandro lo miró nostálgico. Le vino a la mente el recuerdo de las sesiones con su abogado. No hacía mucho tiempo de aquello y le resultaba raro el hecho de no haberlo vuelto a ver desde aquel caótico viernes. Alejandro siempre había creído que defendería sus ideales y su trabajo por encima de todo. En cierto modo, lo había decepcionado. Lo había abandonado en manos de aquellos buitres con hambre de fama.

—Tómate tu tiempo, no quiero que te dejes ningún detalle por contarme —le explicó el periodista intentando ocultar su alegría.

—¿Ya has pensando en los millones de euros que vas a ganar con las ventas de la novela? —preguntó Alejandro de repente.

—¿Cómo dices? —se extrañó el periodista alzando la vista de sus notas.

—No te estoy juzgando, otro en tu lugar haría lo mismo. Incluso yo mismo si me hubiera dedicado al periodismo. Sé que lo único que te interesa de esta historia es la cantidad de ejemplares vendidos. El robo de ideas te importa una mierda. Mientras no te pase a ti... ¿Me equivoco? —Alejandro hizo una pausa para acomodarse en su asiento—. Desgraciadamente, necesito tu ayuda. Porque mis aptitudes literarias son nulas. Así que si quiero que se sepa toda la verdad sobre lo ocu-

rrido y alzar la voz en este mundo que parece ignorar el problema, me lo tienen que escribir. Si lo escribes bien, cosa de la que no tengo ninguna duda. Porque si mi madre te ha elegido será por algo, te vas a cansar de contar billetes.

—Pues no perdamos tiempo y continuemos.

—Sí, pero antes quiero dejar una cosa clara. Ya te lo habré comentado mi madre pero, por si acaso, te lo digo yo también. Quiero un porcentaje de beneficios de esas ventas. Ya lo negociaremos más adelante —le aclaró.

El periodista lo miró extrañado. Sabía que iban a pedir parte del futuro beneficio, pero rezaba para que lo olvidaran, tanto él como su madre.

—Esos detalles los hablaremos con la editorial que decida publicarnos la historia. Primero hay que escribirla —le explicó el entrevistador.

—Estoy de acuerdo. Nos habíamos quedado en el interior del cuarto de baño, en aquel bar. El falso ilustrador decapitado y yo cubierto de sangre, encerrado, acorralado y confuso. Recuerdo que me quedé unos minutos observando el cuerpo sin vida, preguntándome si aquello había sucedido realmente. Todavía sostenía el hacha entre mis manos cuando escuché golpes en la puerta. Era el momento de reaccionar y escapar de allí...

2

—No me jodas. ¿Está fuera de servicio? ¿No se puede entrar? Pues yo tengo que mear. Voy a entrar —protestó alguien desde el otro lado de la puerta.

—No, espera. El baño de minusválidos debe estar por aquí cerca —le informó una voz masculina.

—No puedo aguantar más, o entro o me lo hago aquí mismo —volvió a protestar el mismo de antes mientras forzaba la manecilla de la puerta.

Alejandro recuperó la noción del tiempo y su sentido de supervivencia se puso en alerta. Alguien deseaba entrar; lo iban a descubrir. Tenía que salir de allí, no había otra alternativa. Estudió el interior de aquel ensangrentado baño y llegó a la siguiente conclusión: la única forma de salir sin ser visto, era por la ventana superior que había sobre los urinarios. Sin pensárselo un segundo, dejó el hacha sobre el secador de manos y corrió sobre el suelo cubierto de sangre. Sujetándose a las pilas para no resbalarse, consiguió llegar hasta ellos. Puso un pie en su interior y escaló hasta alcanzar el pomo de la ventana. La abrió al mismo tiempo que el

hombre, con la urgencia fisiológica, hacía su aparición y descubrió el horror que tras la puerta se ocultaba. Alejandro traspasó el marco de la ventana dándose un último impulso con su pierna derecha. El urinario cedió y se desenchajó de la pared. Algunos pedazos salieron disparados cuando chocó contra el suelo. De la tubería empezó a salir una gran cantidad de agua a presión. Y como si de una tormenta se tratara, llovía intensamente en los servicios de aquel bar, ante la mirada horrorizada del pobre hombre que ya no pudo aguantar más sus ganas de orinar.

Al otro lado de la ventana, Alejandro se incorporaba dolorido por la caída. Algo desorientado y con el corazón a cien por hora, se dirigió a la puerta que tenía delante. Se encontraba en el interior de una especie de habitación que servía de almacén. La luz que entraba por la ventana interior del servicio de caballeros era suficiente para que Alejandro localizara la salida sin problemas. Abrió la puerta con precaución.

—¿Qué son esos gritos?! —preguntó la cocinera del local—. Así no hay quien se concentre.

—Algún borracho, seguro. Todos los viernes por la noche tiene que haber alguien que monte el escándalo —le explicó el ayudante de cocina.

—Están gritando como locos. ¡Ni que hubieran visto un cadáver! La gente de hoy en día no tiene vergüenza —seguía protestando la cocinera.

—Ni vergüenza ni educación —puntualizó su ayudante.

La puerta que daba acceso a la cocina, por la cual los camareros accedían en busca de los pedidos recién

preparados, se abrió bruscamente.

—No vais a creer lo que ha pasado —dijo, nerviosa y confusa, una camarera.

Los cocineros dejaron lo que estaban haciendo y le prestaron atención.

La joven camarera les invitó a seguirla.

—Es mejor que me acompañéis. Si os lo cuento, no me vais a creer... —aclaró la joven.

—¿Algún borracho ha intentado abusar de alguna pobre chica? Siempre es lo mismo —comentó con desgana la cocinera.

—No lo imaginarías en la vida —contestó la camarera mientras salían de la cocina.

Alejandro seguía oculto tras la puerta cubierto de sangre, empezaba a notar como se secaba sobre su piel. Se rascó las mejillas con sus uñas para eliminar la sensación de tirantez en la piel. Sabía que no podía deshacerse de la sangre pero, por lo menos, lograría quitar parte de ella al haberse vuelto sólida. Mientras, observó el interior de la cocina desde la protección que le otorgaba la puerta del almacén. Alejandro localizó la salida de emergencia que todos los locales poseen en sus cocinas. Salió, sin perder un segundo, de su escondite. Pero sus zapatillas, todavía mojadas por la sangre del impostor, le hicieron resbalar sin compasión. Por suerte, consiguió evitar la caída al aferrarse al banco central. Lo que no pudo evitar fue golpear la sartén que había sobre el fuego. Ésta derramó su contenido sobre el propio fogón, que en pocos segundos ardió en una intensa llamarada. Alejandro se apartó de ella para no quemarse el brazo.

Tropezando así con el bolso que había unos metros a su derecha, sobre la misma encimera. Todo lo que ocultaba en su interior acabó esparcido por el suelo.

Un móvil se deslizó hacia los pies de Alejandro y una melodía sintética y desagradable sonó de repente.

El joven ilustrador se precipitó sobre el teléfono móvil para silenciarlo. Acto seguido se abalanzó sobre la puerta de emergencia y salió del local sin saber dónde ni qué hacer a continuación.

En el interior del bar sonaba la alarma de incendios y los clientes salían despavoridos por la puerta principal. Nadie sabía qué estaba pasando realmente. Alejandro aprovechó esos momentos de confusión para escaparse.

Cuando se alejó, una distancia de cinco calles, redujo el paso. “¿Qué coño ha pasado? Las cosas no tenían que haber sucedido así. ¿Qué voy a hacer ahora?” Pensó al detenerse en un cruce. Miró a su derecha, a su izquierda, todo despejado. Continuó su camino hacia algún lugar por determinar. No paraba de lamentarse a cada paso que daba. Al llegar al siguiente cruce, divisó un coche de la policía que se dirigía a toda velocidad hacía donde se encontraba. “Ya están aquí. Joder, no quiero ir a la cárcel, mierda” Pensaba asustado a la vez que buscaba algún lugar en el que ocultarse. Entonces se dio cuenta; en la acera de enfrente se encontraba un local de conciertos de gran fama. Las letras del rótulo parpadeaban el nombre del grupo que actuaba aquella noche, Crescento. Alejandro los conocía; eran un grupo musical de visual kei japonés que había descubierto ha-

cía apenas unos meses. Recordó que los integrantes del grupo iban vestidos, en uno de sus vídeos promocionales, con túnicas medievales y cubiertos de sangre falsa. “No hay otra opción, me esconderé allí”. Alejandro no tuvo tiempo para pensar algo mejor. El coche de policía estaba a un par de calles de distancia.

Cruzó la avenida y se presentó delante de la taquilla, con la cara ensangrentada y su mirada enloquecida.

—¡Una entrada! ¡Rápido! —exigió el joven a la taquillera que lo miraba sorprendida tras el cristal.

—Va...vale —balbuceó la chica—. Pero el concierto ha empezado hace media hora... Te tengo que cobrar toda la entrada igualmente.

—¡Da igual! ¡Tengo que entrar! ¡Date prisa! —protestó Alejandro.

—Está bien. Tranquilízate. La próxima vez no te entretengas tanto con el disfraz —la joven le dio la entrada sin salir de su asombro—. Aquí la tienes, son 40€.

—Se llama Cosplay, inculta. Y sí, me he pasado cuatro pueblos con la sangre falsa. Se me ha roto el bote cuando me la estaba echando por la cabeza. Pero ¿qué hago dándote explicaciones? ¡Cóbrate y déjame pasar! ¡No tengo tiempo para estas tonterías! —explicó el joven ilustrador enfurecido.

—Para ser un cosplay, es una porquería. ¿Dónde te has dejado la túnica? —preguntó la joven taquillera con maldad, al tiempo que le hacía entrega del cambio.

—En casa de tu madre, no te fastidia... —susurró Alejandro al empujar la puerta de la sala de conciertos.

—Fanáticos... —susurró la taquillera sin enterarse de las palabras del muchacho. La joven no perdió ni un se-

gundo en enviar un mensaje de grupo, a través del teléfono móvil, a sus amigas: Fanáticos de Crescento que llegan tarde al concierto y encima llegan con un cosplay vergonzoso. Todas ellas, comentaron lo sucedido entre risas y mensajes ofensivos, ajenas a lo que sucedía a tan solo unas calles más allá.

El coche patrulla pasó de largo. Su destino era el local donde descansaba el cuerpo desmembrado del falso ilustrador.

En el interior de la sala de conciertos, el público coreaba las canciones del grupo japonés sin percatarse de que se encontraban cerca de un asesino. Alejandro contempló el escenario desde la última fila y observó al cantante dándolo todo en cada estrofa. El público imitaba la coreografía con las manos, creando una atmósfera angelical y misteriosa. Algo que le encantaba a Alejandro, pero esa noche no tenía tiempo para deleitarse con aquel espectáculo nipón. Tenía que concentrarse en el siguiente paso a dar. “¿Qué voy a hacer? Tarde o temprano me van a localizar. El arma homicida tiene mis huellas. ¿Y si me entrego? ¿Podré alegar enajenación mental? ¿Me reducirán la pena por ello? ¡Dios, no quiero ir a la cárcel!”, se atormentaba. La música subió de tono y el guitarrista efectuó un solo de guitarra ante los gritos enloquecidos de sus seguidores. El escenario era apenas visible desde las últimas filas. Una avalancha de flashes, procedentes de los distintos teléfonos móviles, dificultaban la visión. Entonces, Alejandro recordó que en su bolsillo derecho guardaba el teléfono que había encontrado en la coci-

na del local. Unos guardias de seguridad chocaron contra él, rumbo al centro del público, haciéndole perder el equilibrio. A los pocos segundos, los brazos de los seguidores descendieron hacia el pecho para proteger sus terminales móviles. Los guardias estaban requisando los distintos dispositivos y algunos de ellos cayeron al suelo sufriendo innumerables pisotones. El resto de los afortunados que todavía poseían sus móviles, los protegieron con su vida.

—¡¡Está prohibido hacer fotografías!! —gritaron desde alguna parte.

Algunos jóvenes se rebelaron contra los guardias, recibiendo algún que otro puñetazo.

Los integrantes del grupo musical vieron como sus seguidores agredían físicamente a la autoridad. Se vieron impotentes ante el creciente odio generado por la destrucción de sus móviles de última generación, y decidieron terminar la actuación.

Alejandro, sorprendido por lo que estaba sucediendo, se quedó cerca de una columna a la espera de lo que pudiera pasar. El resto de los trabajadores de la sala acudieron en ayuda de sus compañeros. Se lanzaron sobre los jóvenes. Entre golpes y empujones consiguieron deshacerse de unos cuantos, rescatando así a un par de guardias. El resto de jóvenes, que no participaban en la pelea masiva, se dieron cuenta de que el puesto de venta de merchandising estaba desatendido y no dudaron en saquear toda clase de material relacionado con el afamado grupo musical. El resto de seguidores olvidaron la pérdida de sus teléfonos y se

unieron al saqueo.

Alejandro comprendió que era momento de dejar el local y buscarse otro sitio donde ocultarse.

3

El periodista comprobó la batería que quedaba en la grabadora.

—Lo que pasó después, no es relevante —aclaró Alejandro.

—¿Cómo que no? ¿Qué hiciste al salir del concierto? —exigió saber el entrevistador.

—Te lo vuelvo a decir, no es importante —contestó sin perder la calma.

—Pero algo harías antes de acudir a la empresa. Es importante que me detalles los pasos que seguiste para poder desarrollar la historia lo más fiel a la posible realidad —comentó el periodista algo confuso.

—Me pasé, desde las doce o así, hasta las siete de la mañana de botellón con algunos fans de Crescento. No tiene más misterio.

—¿De botellón? Venga, ¿me estás tomando el pelo?

—No, y la verdad es que me vino muy bien. No estábamos siempre en un lugar fijo, íbamos de descampado en descampado. Y al estar con gente, digamos... que vestida de forma llamativa, yo no desentonaba.

—Pero, cuéntame cómo acabaste con ellos por lo menos.

—Si es que esa parte no tiene misterio. Al salir de la sala de conciertos, la mayoría de gente salió en estampida. Otros se quedaron a las puertas exigiendo que les devolvieran el dinero de la entrada por haber suspendido el directo. Cuando salía, recuerdo que un chico me preguntó de qué iba vestido. Creo que le contesté algo así como que iba de aborto. Le debí de hacer gracia, porque me invitó a ir con ellos de botellón.

—¡Eso no tiene ningún sentido! —protestó el periodista.

—Lo sé, pero es lo que pasó —aclaró el joven asesino esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Me estás diciendo que te invitaron a salir con ellos, a beber alcohol, porque les dijiste que ibas disfrazado de aborto?! —exclamó el entrevistador asombrado y algo mosqueado porque el joven no quería profundizar en el asunto.

—Sí, pero no es tan raro. Ellos pensaron que era fan de Crescento, cosa que era cierta. Ese grupo siempre me hizo gracia. Quizás no tanta como para acudir a su concierto, y eso que al final acabé asistiendo. Pero si que me parecía interesante su música. Y como allí cada uno iba vestido de una cosa distinta, no era nada raro ver a alguien disfrazado de aborto —explicó con detalle y se acomodó de nuevo en el asiento.

El periodista lo miró, todavía dudando de la veracidad del asunto.

—Me sigue sonando algo chocante, me cuesta creerlo —comentó.

—Tú no estás aquí para creerme o no, estás para es-

cribir la verdad. Y lo que pasó fue así, te lo creas o no. Pasamos la noche bebiendo algunas copas y cambiando de descampado cada vez que veíamos a la policía aparecer por los alrededores, por lo que me vino de perlas conocer a aquellos chicos. Además, eran de lo más divertidos, algo raros, pero con los que tenía muchas cosas en común. Lástima no haberlos conocido en otras circunstancias, hubiéramos formado un gran grupo.

—Entonces, si no vas a profundizar en este punto, ¿qué quieres que escriba en ese pasaje? La gente no lo va a entender.

—Es verdad, bueno, podemos variar ese punto. Ya te digo que no es relevante. Déjame que continúe la historia y comprenderás el por qué.

—¡Por Dios, acabas de matar a un tío y te vas de bottellón! ¿Le encuentras algún sentido a esto? —exigió saber el periodista mosqueado.

—No te pongas chulo conmigo, que yo termino pronto la entrevista y te vas a tu casa con una mano delante y otra detrás —le amenazó el recluso mirándole con rabia—. ¿Me dejas explicarte o vas a interrumpirme con tus preguntitas?

El entrevistador se mordió la lengua y esperó paciente la continuación del relato. Alejandro no pudo evitar recordar a cierto abogado que una vez lo representó con tan buenas intenciones y que, por motivos que desconocía, nunca más volvió a saber de él.

—Esa misma noche comprendí que no podía continuar huyendo. ¿Qué clase de vida era esa? Ir de un sitio a otro. Tenía que entregarme, me acabarían pillando igualmente. No sé si fue el alcohol o la rabia que tenía

acumulada por todo aquello, pero decidí que lo ideal sería que me arrestaran en las oficinas de la empresa. Así, conseguiría darles mala fama. ¡Joder! Si no fuera por el inepto de su director, nada de esto hubiera pasado. Debía enfrentarse a lo que hizo, aunque fuera con una humillación pública. Por lo menos pasaría vergüenza, si es que realmente tenía de eso. Por si te lo estás preguntando, no, no acudí allí como un loco a matar a diestro y siniestro. No soy un maníaco asesino.

—Yo no he dicho nada. Como tú bien dices, yo sólo estoy aquí para narrar tu versión de los hechos.

—Pues que eso quede bien claro. No tenía la intención de matar a nadie. Pero como siempre las cosas no salen como quiero...

El periodista seguía sin encontrarle sentido al transcurso de los acontecimientos. No pudo aguantar más tiempo sin despejar sus dudas y, pese a sus amenazas, le hizo nuevas preguntas.

—¿Pero cómo acabaste en la empresa? ¿De dónde sacaste la dirección? ¡¿Por qué cojones estabas bebiendo alcohol con aquellos fanáticos cuando la policía te estaba buscando?!

—Para ser periodista tienes poca imaginación. Así que me ahorraré el desearte lo peor como escritor de novelas —puntualizó Alejandro con seriedad. Y dio en el clavo. El periodista no poseía la suficiente imaginación para desarrollar la trama de una novela. Por eso, se había especializado en la novela biográfica. Aunque su mayor deseo era convertirse en un afamado escritor de novelas de intriga, a lo Agatha Christie. Por lo que el comentario le hirió. Siempre resulta duro que un des-

conocido te diga la verdad de una forma tan tajante.

—Bueno, voy a ir por partes —el asesino continuó su relato—. Estar con esos chicos fue lo mejor que me podía haber pasado. A parte de no llamar la atención a su lado, me sirvieron de ayuda cuando decidí el siguiente paso a seguir.

—¿Qué paso?

—Acudir a la empresa a demostrarles que todo aquello había sido por su culpa. Te lo he dicho antes, presta un poco más de atención.

—...

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Decidido el plan, lo primero que necesitaba era cambiarme de ropa. Me sería imposible entrar en la empresa con las pintas que llevaba. Así que no lo dudé y empecé a ligar con las chicas que se habían independizado. La verdad es que eran tan solo dos chicas en el grupo; una vivía con sus padres y la otra tenía novio. Aun así lo intenté con ésta última por si, y con el efecto de algunas copas de más, se olvidaba de este hecho y me invitaba a su casa. Pero no fue así; me mandó a tomar viento fresco. Y es comprensible; con la vestimenta que llevaba sería difícil que alguna chica se fijara en mi atractivo físico. Pero debía intentarlo —el joven ilustrador hizo una pausa, se aclaró la voz y continuó—. Me da cierta vergüenza reconocerlo pero, como la única chica que me interesaba me deseaba a dos kilómetros, me tocó intentarlo con los chicos. Eran más y la mayoría ya habían salido del núcleo familiar. Estadísticamente, tenía más posibilidades de conseguir lo que quería, ducharme y cambiarme de ropa. Esta vez no me lancé a lo loco, busqué al más borracho y a la

primera lo conseguí. No sé si será cierto eso que dicen que los homosexuales son más promiscuos, pero con ése la cosa funcionó —volvió a detenerse para mirarle a los ojos—. En la novela podías sustituir al maromo por una chica, te lo agradecería.

—¿Te acostaste con él? —preguntó curioso y risueño el entrevistador.

—Qué va, en eso tuve suerte. Cuando llegué a su casa, él se tumbó en la cama a esperar a que me limpiara la sangre falsa. En un principio quería limpiármela él mismo, pero tras unos minutos de discusión le convencí para que esperara. Así que me duché lo más rápidamente posible y cuando salí de la ducha se había quedado dormido sobre las sábanas. La verdad es que no sé que habría hecho de continuar despierto —el recluso rió algo sonrojado—. Me vestí con lo primero que encontré y sin hacer ruido salí de la habitación. Mientras el engatusado dormía plácidamente en su cama, busqué toda la información necesaria sobre la empresa. Dirección, nombres de los empleados, fotografías para poder identificarles, teléfonos y otros datos de interés como las comisarías más cercanas. Es aterrador comprobar toda la información que llegas a recopilar gracias a internet.

—La verdad es que sí, la gente no es consciente de lo importante que es la privacidad.

—Sean conscientes o no, la realidad es que esa información está al alcance de todos. Y a mí me fue de gran utilidad.

—¿Estuviste buscando esa información hasta el amanecer?

—Me dio tiempo a descansar un poco pero, básicamente, sí. No salí de la casa hasta las siete de la mañana. Estaba nervioso cuando salí por el portal. Había llegado el momento de terminar con todo aquello. Pero las cosas se me volvieron a escapar de las manos...

4

Alejandro salió del portal fingiendo tranquilidad. Por dentro estaba hecho un amasijo de nervios, sudaba sin parar. Estaba decidido a presentarse ante el director de la empresa y cantarle las cuarenta.

A su mente venían recuerdos de sangre; la falta de descanso unidos al estado de estrés le estaban haciendo perder la cordura. Sacudió su cabeza para que no lo despejaran de su objetivo principal, venganza. Sacó el teléfono móvil, todavía temblando por la visión de aquella cabeza separada del cuerpo, cayendo lentamente, cubriendo todo el baño del bar con sangre. Comprobó que no hubieran cambios de última hora en el perfil social de la empresa en internet. Seguían como estaba previsto: trabajando un sábado por la mañana, para ultimar los detalles, antes de salir hacia Madrid y controlar la ejecución del evento que llevaban preparando toda la semana. “Serán las peores horas extra de vuestra vida”, se dijo a sí mismo frunciendo el ceño maléficamente.

Al bajar del autobús, tras cincuenta minutos de viaje y varios transbordos en los que se camufló en el interior de su capucha cual rapero, contempló la fachada del edificio que se alzaba ante sus pies. Allí la tenía, segundo piso. La empresa estaba montada en una casa particular, un gran rótulo así lo hacía saber.

Estudió con atención el resto de ventanas; las luces estaban apagadas. Un sábado, sobre las ocho de la mañana, era algo normal.

De pronto, un destello de luz procedente del segundo piso, lo avisó. Ya habían llegado, estaban dentro. “Así me gusta, encender los ordenadores, encenderlos...” No pudo terminar sus pensamientos; ante sus ojos apareció una joven muchacha de aspecto cansado. Hablaba por el móvil.

—Ya estoy llegando... —comentó con desgana por el teléfono. Se detuvo delante del portal y buscó algo en su bolso—. Estoy en el portal buscando las llaves no te impacientes que ahora te cuen...

No pudo terminar la frase. Una chica apareció dando gritos por el balcón.

—¡Maldita zorra! ¿Estas son horas de volver? ¡Ya pensaba que te habían violado y matado en un descampado! ¡A punto de llamar a la policía he estado! ¿A quién se le ocurre largarse con un maromo así por las buenas? ¡Tía, tú no estás bien!

—¡Quieres callarte! ¡Se van a enterar los vecinos! —protestó la otra desde abajo. Encontró las llaves, entró y cerró la puerta cabreada. El cristal no aguantó el portazo y se agrietó. La joven no se dio cuenta, subió enfurecida las escaleras hacia lo que parecía ser un piso de estudiantes.

Alejandro corrió a ocultarse en el interior del portal para evitar ser visto por los curiosos que habían madrugado aquella mañana. Para ello, golpeó con su codo todavía dolorido por el impacto contra el cristal protector del hacha contra incendios, ahora convertida en el arma del crimen, y abrió la puerta desde el interior. “Dolor insoportable. Ya verás, fisura de cúbito seguro”, pensó mientras se frotaba el codo para calmar el dolor.

Evitó llamar al ascensor por miedo a encontrarse con algún vecino. Subió a pie hasta el segundo piso. Un letrero, con agradable diseño, indicaba lo siguiente: Usted se encuentra delante de las oficinas de “apArte”. Llamar fuerte, estamos ocupados creando grandes ideas.

“Qué graciosos...”, pensó el joven ilustrador y propinó tres fuertes patadas contra la puerta. “¿Les habrá parecido suficientemente fuerte? No lo creo”. Y dio una cuarta, esta vez con más fuerza.

—¡¿Qué son esos golpes?! —protestó una mujer al abrir la puerta extrañada—. ¡¿Qué pasa?!

—Hola, buenos días. Soy Alejandro Torres. Me han citado hoy para una entrevista —se presentó educadamente—. Aquí pone: Llamar fuerte —le aclaró señalando el cartel.

—Sí, bueno, pero no literalmente —se quejó la mujer.

—Entonces, ¿tampoco estáis creando grandes ideas? Pues vaya... —comentó el joven ilustrador—. Aunque reconozco que no me sorprende... —susurró.

La mujer lo miró extrañada.

—Pero vamos a ver... ¿Una entrevista un sábado? Además, a mí nadie me ha informado —preguntó desconfiada.

—Ya te estoy informando yo. Es que me han llamado a última hora —mintió.

—Que yo sepa no estamos buscando a nadie —comentó todavía desconfiada bloqueando la entrada a la empresa.

—Pregúntaselo al director, Fernando Gutiérrez. Ha sido él quien me ha convocado hoy. El ilustrador que teníais, ha dejado el trabajo sin dar ninguna explicación —volvió a mentir.

—¿Rafa? ¿Qué me dices? Pero si ayer vino a trabajar, no me comentó nada. Qué raro.

—Yo no sé nada más. A mí me llamaron ayer por la tarde y me dijeron que el ilustrador les había dejado tirados y que si podía venir hoy a una entrevista. Era urgente. Y aquí estoy —volvió a mentirle fingiendo la mayor tranquilidad posible. Por dentro estaba nervioso. El momento se estaba acercando, estaba a un paso del interior.

La mujer, que rozaba los cuarenta y tantos, no mostraba intención alguna por dejarle pasar.

—Me extraña que te citaran para hoy —insistió de nuevo.

—No quiero parecer maleducado pero, si a ti no te han avisado yo no tengo la culpa. No me gustaría llegar tarde —Alejandro empezaba a impacientarse; a cada frase se borraba algo de la tranquilidad fingida en su rostro.

—Oye, no sé qué te has creído para hablarme en ese tono, “so payaso” —comentó ofendida la mujer.

—¿De qué vas insultando? Yo no me he creído nada —protestó a punto de perder la paciencia—. Llama de una vez al director y déjame pasar.

—Yo no tengo por qué llamar a nadie. Alucino —se

ofendió la mujer mientras procedía a cerrar la puerta en las narices de Alejandro. Éste, se adelantó a sus intenciones y se abalanzó contra ella. La mujer mostró resistencia y forcejearon durante unos segundos. La cuarentona, a la que le faltaba el aliento por el pánico, le propinó algún que otro puntapié. Alejandro consiguió entrar dentro del recibidor pese a seguir forcejeando con ella.

—¿Qué haces loco? —preguntó la mujer recuperándose del susto inicial—. ¡Socorro! —gritó al fin.

Alejandro la soltó tras propinarle un último empujón. La mujer se golpeó contra el mostrador de recepción y al verse liberada improvisó su plan de venganza. Cogió la lámpara ecológica y artesanal que alumbraba los pocos documentos que había sobre el mostrador y se abalanzó sobre Alejandro alzándola como si de un machete se tratase. Alejandro cogió lo primero que tenía al alcance de su mano derecha, un florero de cristal. Ambos intentaron protegerse con armas improvisadas. El joven fue el primero en golpear; el florero poseía mayor longitud y con el impacto se partió por abajo. Las pocas flores que vivían en él se ocultaron en su interior y el agua empezaba a brotar por el final, sin control. La recepcionista, que todavía sostenía entre sus manos la lámpara, no tardó en electrocutarse debido a las malas soldaduras con el contacto del agua. Las luces se apagaron por completo y la mujer se desplomó ante la incredulidad del joven.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó alguien preocupado desde el fondo del pasadizo, oculto tras una puerta acristalada.

La luces volvieron a alumbrar la empresa a los pocos

segundos. Alejandro se precipitó a abrir la puerta, que separaba la recepción del resto de la empresa, para evitar que el desconocido descubriera el cuerpo chamuscado de la recepcionista. No había tiempo para lamentaciones ni ataques de pánico.

—¿Quién demonios eres tú? —exigió saber el director del departamento de diseño.

Alejandro lo había reconocido gracias a las fotografías que había recopilado desde internet.

—Tu grandísimo coño. ¡Pero bueno! ¿Quién te crees que eres para hablarme así? Te crucificaría a hostias — se escuchó gritar desde el piso superior. Las compañeras de piso seguían discutiendo acaloradamente.

—Ho...Hola —balbuceó Alejandro, rompiendo así el silencio incómodo que se había producido—. Se ha ido la luz y nos hemos asustado un poco.

—¿Y tú eres...? —preguntó de nuevo.

—¿No te suena mi cara? —cuestionó Alejandro cambiando de tono—. Debería sonarte.

—¡El informático! —respondió convencido.

—Eeeh...esto... Sí, el informático —mintió de nuevo. Aunque su principal intención era humillarle en plena oficina, cambió de planes. Le había dado una idea mejor, borrar todos los archivos del ordenador. Ya que la empresa parecía estar vacía, sin contar el cuerpo electrocutado de la desconfiada recepcionista, era lo mejor que podía hacer. Además, alejaría lo máximo posible al director de la recepción.

—Pensaba que llegarías más tarde, pero me viene fenomenal. A ver si puedes solucionar el problema con la configuración de red y la conexión con los discos de

seguridad. No puedo recuperar los datos y cada vez que me intento conectar con el servidor me sale un error. ¿Podrás arreglarlo? Nos ha tocado rehacer parte del trabajo, por eso estamos trabajando un sábado... Ayer, a última hora, las conexiones fallaron y nos ha sido imposible acceder a los documentos que necesitamos para esta tarde —explicaba mientras lo guiaba hacia el estudio principal—. Aquí estamos, Susana y yo, el otro chico todavía no ha llegado. ¿Susana sabes algo de Rafa?

—¡Ése no vuelve! ¡A saber con cuantas fulanas se estará acostando ahora mismo! —volvieron a interrumpir las vecinas de arriba.

Otra vez el silencio incómodo.

—Bueno, puedes empezar por el mío, si te parece bien —sugirió el director.

Alejandro se acomodó en la silla del directivo y fingió estudiar la causa del error informático, moviendo el ratón y pulsando algún que otro botón de forma aleatoria. El director acudió a supervisar el trabajo de su becario y le dejó ejecutar su renovado plan de venganza tranquilo.

El corazón le latía a cien por hora. Ya era una realidad, cada vez eran más los archivos que se destruían de forma invisible. El momento de entregarse estaba cada vez más y más cerca. Intentaba guardar las apariencias pero en el fondo estaba completamente aterrado. Nadie iba a creer que todo aquello había sido un accidente. Pensó de nuevo en la idea de huir. “¿Qué vida me espera si lo hago? Vagar sin rumbo. Aunque es mejor eso que acabar en la cárcel... ¡Dios, no quiero ir a la cárcel!”, pensaba mientras formateaba los únicos discos duros a los que tenía acceso desde el ordenador principal.

—Creo que Rafa tenía una copia de seguridad, del diseño del stand, en su USB —comentó la joven becaria.

—Esperemos que no tarde en llegar... —le contestó esperanzado.

—¿Quieres que le vuelva a llamar? —se ofreció la joven.

—¡¿Llamarle?! ¡Si quiere algo que vuelva arrastrándose como la escoria que es! —las vecinas del piso superior seguían con lo suyo, todavía más enfurecidas si es posible.

—Bueno, voy a llamarle —susurró la joven haciendo caso omiso de los insultos superiores.

Alejandro continuaba concentrado en sus pensamientos mientras continuaba formateando información. “Si me entrego, ¿qué me espera? ¿Quién me va a creer? ¿Cuántos años me van a caer? No, no. Joder, ahora no sé qué hacer” Alejandro empezaba a sufrir pequeños ataques de ansiedad. Sus pensamientos lo atormentaban.

Mientras tanto, Susana hablaba por su teléfono móvil pálida como la luna. Apenas podía mantener la conversación con su interlocutor. Fernando la miraba preocupado y curioso.

—Han asesinado a Rafa —le explicó con dificultad la joven al colgar. Sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—¿Qué? ¿Cómo...? —preguntó el director extrañado.

—Ahogado en un cubo de cerveza y si todavía te parece poco... cuatro navajazos... y en un descampado... —todavía se escuchaba, de forma intermitente, la discusión de las jóvenes compañeras de piso, aunque ya estaba llegando a su fin. Los gritos parecían disminuir

de volumen y las frases ya no tenían ningún sentido para los curiosos oyentes.

—En los servicios, con un hacha —le explicó al fin la becaria.

—¿Pero quién le haría una cosa así? —preguntó extrañado el director.

—Me han comentado, y según dicen los testigos, un joven de unos veinte años, pelo corto y de estatura media.

—Con esa descripción podría ser cualquiera... No me lo puedo creer. ¿No me estarás gastando una broma?

—¿Cómo voy a bromear con algo así?

—No sé, por hacer trabajar a la becaria en fin de semana.

—No es momento para bromear. ¡Han asesinado a Rafa! ¡Joder!

Alejandro todavía continuaba confundido entre sus pensamientos. Los gritos de Susana llamaron su atención. “¿Salgo de aquí o lo confieso?”, pensó. El momento final había llegado.

Se levantó de la silla, se armó de valor y se plantó delante de la pareja sorprendida.

Estos lo miraron todavía consternados por la noticia. Aunque Fernando no parecía acabar de creérsela.

—...

—...

—...

—Ya está todo solucionado. Vale, hasta luego —dijo al final Alejandro. En el último momento se rajó. No tuvo valor para confesar lo que había pasado y menos aún para entregarse a la policía. Salió disparado por el pasillo.

—¡Espera, no tan rápido! Te tengo que hacer factura

—le explicó a voces el director al tiempo que salía en su captura.

—No, no hace falta, ya me la envías por fax —comentó el joven ilustrador acelerando el paso.

Abrió la puerta que separaba el pasadizo de la recepción y casi le da un infarto al ver a la recepcionista en pie.

“¡AAAAAH!” Gritó en silencio.

—¡¡TÚ!! —gritó la mujer.

El director apareció por detrás del ilustrador y contempló a la recepcionista. Se quedó perplejo al ver sus ojos enrojecidos, hinchados y sus pelos cardados como consecuencia de la electrocución.

—Teresa, ¿qué está pasando aquí? —preguntó sin conseguir respuesta.

La recepcionista estaba ocupada forcejeando, de nuevo, con el ilustrador. Éste se resistía.

—Oiga señora, ¡suélteme! —protestaba Alejandro.

—¡¿Teresa, quieres decirme qué está pasando aquí?! —exigió saber el director—. ¡Deja al informático en paz!

—¡¿Informático?! ¡Este desgraciado me ha electrocutado! —contestó al fin la recepcionista al tiempo que le propinaba un rodillazo a Alejandro en el estómago. Éste, se apoyó contra la pared intentando recuperar el aliento. El dolor que sentía era insoportable.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo —comentó la mujer de camino al mostrador.

El director todavía seguía sin comprender lo que estaba pasando. Se limitó a quedarse de pie con cara de asombro, observando los acontecimientos y preguntándose cómo era posible que la hubieran electrocutado.

Cuando Alejandro se hubo recuperado del golpe, vio a la recepcionista con el auricular del teléfono en la mano marcando el número. “¿Qué hace? ¿No estará llamando a la policía? ¿Será hija de...?”, pensó el ilustrador, y no se lo pensó dos veces. Salió disparado hacia ella para evitar que siguiera marcando el número. “¡No quiero ir a la cárcel!”, exclamó para si mismo.

El impacto contra la mujer fue rápido e intenso. La recepcionista se clavó el banco del mueble, que servía de recepción, contra las costillas inferiores. Notó cómo crujían, cómo se fisuraban con el golpe. Alejandro aprovechó el momento en el que ella se moría de dolor para arrancar el hilo del teléfono y estampar el aparato contra la pared del fondo. El director, con los ojos como platos, reaccionó al fin y acudió en ayuda de su empleada. Alejandro, que interpretó sus intenciones como un ataque directo hacia su persona, le propinó un codazo en la garganta y lo empujó, con todas sus fuerzas, lejos de él. El director, con las manos en su cuello y la cara desencajada, se resbaló como consecuencia del empujón y el suelo todavía mojado. Cayó de espaldas, viendo su vida pasar a cámara lenta antes de partirse el cuello contra el revistero de acero que había comprado recientemente para guardar las revistas, de una vez por todas, en un único lugar. Alejandro volvía a sentir la misma sensación desagradable que hacía unas horas.

“¡Oh Dios mío! ¡¡Está muerto!! ¡¡ESTÁ MUERTO!!”, gritó en silencio.

La recepcionista, encorvada y dolorida, miró al joven con odio. Alejandro la miró perplejo.

—¿Lo has matado?! —exclamó al ver el cuerpo sin vida de su compañero—. ¡¡Susana, llama a la policía!!

—Ha sido un accidente... —susurró medio en llanto el ilustrador. La situación lo superaba, ya había acabado con la vida de dos hombres.

—Mira, pues yo te voy a partir la boca, así, por accidente —le explicó y se lanzó a por el joven que se encontraba en el suelo, a unos metros del recién fallecido director. La mujer se lanzó tan precipitada que tropezó con la misma lámpara que minutos antes la había electrocutado, y la partió en dos. Por una parte, la estructura central de madera y, por la otra, el cableado eléctrico. Éste al desprenderse de la estructura y seguir enchufado a la corriente, volvió a electrocutarla. Esta vez sin interrupción, hasta que saltaron los plomos y todo quedó a oscuras.

Alejandro se alejó a rastras, por el pasillo central, mientras contemplaba como la mujer se quemaba por dentro entre destellos eléctricos. A su espalda se encontraba la joven becaria, observando como se consumía la vida de su compañera y amiga. Alejandro notó su presencia, se giró y se levantó. La joven salió corriendo hacia el estudio principal para encerrarse. Alejandro forzó la puerta, quería entrar, pero la chica la bloqueaba por el otro lado.

—¡Voy a llamar a la policía! —lo amenazaba la joven—. ¿Qué coño te hemos hecho nosotros? ¡¡Hijo de puta!!

—¿Qué me habéis hecho? ¡¡Pero si todo esto es por tu culpa!! —exclamó Alejandro perdiendo el juicio—. ¡¡A ti sí que te voy a matar!!

Golpeó la puerta con todas sus fuerzas, hasta conseguir superar la protección.

—¿Pero qué te he hecho yo? ¡Si ni siquiera te conozco!

—Otra con el mismo cuento... ¡¿Acaso no sabes reconocer al autor original?!

—¿Quién?

—No te hagas la loca. Sabes de sobra que la ilustración que habéis usado para la portada del libro “El futuro de la humanidad” es mía. Tu novio, que por cierto, sólo se acostó contigo para conseguir este trabajo, me la robó.

La joven se quedó pálida, ante las palabras del ilustrador.

—¿Tú...? ¿Tú... lo has... matado?

—Sí, bueno, fue por casualidad...

La joven becaria, aterrada, pensó rápidamente en alguna forma de pedir socorro. Lo primero que le vino a la cabeza fue refugiarse en el balcón y, una vez allí, gritar con todas sus fuerzas. Se movió con dicha intención, pero Alejandro se interpuso en su camino. Completamente enloquecido, la cogió por el brazo y la zarandeó hasta hacerla caer.

—¡¿Adónde crees que vas?! —le gritó enloquecido.

—¡Déjame! —protestó la joven, aterrada.

—Tú solita te has buscado que te maten... —le explicó con cara de loco.

La joven becaria se liberó de su agresor y se refugió tras su mesa de trabajo.

—No finjas que no sabes nada, zorra. Tú eres la que tienes que dar la cara por el nuevo empleado, al fin y al cabo, fuiste tú quien lo enchufó. Además, y visto que

el director y la maldita gorda que tenéis por recepcionista, prefieren morirse antes que dar la cara ante este fraude, sólo quedas tú. Así que... ¡Da la cara! —le amenazó el enloquecido ilustrador.

La joven, oculta tras las mesa, escribía a toda velocidad un mensaje de grupo con su teléfono móvil solicitando auxilio.

Lo mandó a todos sus contactos.

“¡¡¡Me quieren MATAR!!! ¡¡¡Llamad a la policía!!!”

En tan sólo un par de segundos consiguió escribirlo. Las largas horas que pasaba en el autobús, de camino al trabajo, le habían servido para ganar agilidad con el teclado táctil.

Alejandro golpeó la mesa.

—¡No te escondas, rata asquerosa! —le gritó mientras caminaba hacia el otro lado de la mesa.

La joven salió de su escondite a toda prisa. Pero Alejandro la esperaba con el ordenador de sobremesa, de diseño ultrafino, entre sus manos. Ella intentó dificultarle el paso lanzándole todo lo que encontraba a su alcance. Alejandro se protegía tras el monitor, que usaba a modo de escudo.

—¡Maldito cabrón! ¡Déjame en paz! —exigía la joven becaria.

—¡Lo que voy es a dejarte descansar en paz! —exclamó Alejandro y le lanzó con todas sus fuerzas el ordenador de sobremesa. La joven intentó esquivarlo y el ordenador acabó golpeándole la rodilla por delante. Los gritos que producía eran inhumanos. De su rodilla, ahora desplazada, salía un líquido indescriptible y se podía ver como sufría un derrame interno. La pierna se

hinchaba por momentos, dotándola de unas proporciones aberrantes. La joven, pese a sentir un dolor desalmado, todavía mostraba intenciones por sobrevivir. Se arrastró por el suelo en un intento por escapar.

Alejandro la contemplaba con cara de indiferencia.

—Y ahora es cuando me voy —comentó el joven—. No hay peor desprecio que no hacer aprecio. ¿No pensarías que iba a matarte? —y se marchó entre risas enloquecidas camino a la salida.

La joven, que seguía resistiéndose a sucumbir en el sueño eterno, recuperó su teléfono móvil. Lo desbloqueó y se desmayó. Su cara quedó iluminada por los destellos de las primeras respuestas, ajenas al rostro que se reflejaba en la pantalla del terminal móvil.

Rosa:

“No te mueras todavía!! Me debes 30€!!!!”

Clara:

“Esta noche celebraremos tu funeral, pues... la cena sigue en pie, cacho loca ^o^”

Saratísima:

“Sí que te van a matar, sí. Mira que hacerte trabajar un sábado! ¿Qué morro tienen? Y además sin cobrar!!”

María Palacios:

“Por lo menos morirás sentada. A mí me tuvieron ayer 6 horas de pie!!”

Paulatina:

“Venga, ya será para menos. Exagerada!!”

Rocío:

“... Me vais a gastar la batería con tanto mensaje inútil! Sacadme de aquí!!”

Rosa:

“Sí, yo también quiero salir”

María Palacios:

“Pobrecilla, Susana apunto de morir y vosotras pensando en salir del grupo XD”

Rocío:

“Susana No te mueras todavía!!! Sácanos del grupo, después haz lo que quieras. Con amor ;)”

El teléfono móvil agotó la poca batería que le quedaba y la joven becaria quedó a oscuras en medio del estudio, inconsciente, a la espera de que alguien acudiese en su ayuda.

5

—Pensaba que no había ningún superviviente —comentó el periodista.

—Y no lo hay. La becaria murió en el quirófano. Según tengo entendido, se estaba tomando unos medicamentos que eran incompatibles, no lo recuerdo bien, con la dosis de anestesia. Eso tendrás que preguntárselo a sus familiares. Porque a mí lo único que me dicen son insultos —le explicó el joven ilustrador rascándose la cabeza.

El periodista tomó nota de ello en su cuaderno.

—Y ¿cuándo te arrestó la policía? —preguntó curioso el periodista.

—Nada más salir por la puerta. Unos vecinos les llamaron, por la discusión de las compañeras de piso. Al estar nosotros gritando como locos también, subieron a ver qué pasaba. Y claro, nada más abrir la puerta se encontraron con dos cuerpos sin vida... —le aclaró.

—Y a partir de ahí, me imagino que pasó todo lo que contaron mis compañeros en los periódicos —el periodista sacó de su mochila unos cuantos recortes de periódicos fechados un día después del arresto, y se los

enseñó—. Todo lo que hay aquí, ¿es cierto?

—No lo sé, no tuve tiempo de leerlos. Mi madre es la que te puede informar sobre lo que se contó y lo que no —explicó el ilustrador mientras les echaba un vistazo por encima.

El periodista cogió la grabadora y detuvo la grabación. Casi se había consumido por completo la totalidad de la batería.

—Bueno, creo que tengo lo suficiente para escribir la historia —afirmó el periodista.

—De no ser así, ya sabes. De aquí no me voy a mover, puedes visitarme cuando lo necesites —le propuso el joven.

El periodista recogió todos sus documentos, los guardó en su mochila y se despidió del recluso.

Alejandro regresó a su celda, cansado y con la garganta seca, deseando que el traficante de drogas, impuesto como compañero de “dormitorio”, hubiese recibido los cuatro navajazos que sabía que merecía.

6

Las entrevistas habían terminado por el momento. Ya tenía todo el material necesario para empezar a narrar la historia. Estaba impaciente por comenzar. Subió a su coche, encendió el motor, puso la radio a todo volumen y condujo a casa lo más rápido que el tráfico le permitió. Quería ponerse a ello esa misma noche.

Al entrar en su piso revisó el contestador con la mirada, sin detenerse.

Ningún mensaje.

Dejó la mochila sobre la mesa del comedor y se quitó los zapatos por el pasillo. Lanzó la chaqueta en su habitación, sin mirar, esperando que cayera sobre la cama y entró en el cuarto de baño. Se estaba aguantando las ganas de deponer desde que subió al coche. Mientras se sentía en la gloria, revisó el correo electrónico desde su teléfono móvil. Nada nuevo, cuatro correos basura y la respuesta, negativa, a la petición de entrevistar al juez que instruyó el caso.

Dejó, malhumorado, el teléfono sobre la cisterna y

se limpió.

Cuando hubo terminado, éste sonó. Acababa de recibir un nuevo mensaje electrónico. “A estas horas... correo basura, seguro”, pensó, mientras se subía los pantalones y no le dio importancia. Pero antes de llegar a la cocina ya lo estaba revisando de nuevo. La curiosidad pudo con él.

Al abrir la aplicación se quedó atónito. Casi lo había olvidado, llevaba tiempo detrás de ella y nunca conseguía una respuesta, hasta hoy.

Volvió a leer el nombre del autor del mensaje, Lucía. Lo abrió sin perder más tiempo.

“Mira, no iba a contestarte. Pero como no dejas de acosarme, te lo diré bien clarito.

¡¡No sé nada de Rubén!! El muy cabrón desapareció sin dejar rastro. Vete a saber dónde estará. Me dejó destrozada. Para mí, está muerto. ¿Entiendes? ¡Muerto! Así que si quieres saber algo sobre él, cómprate una oiuja o pégate un tiro.

Si tantas ganas tienes de entrevistar a alguien, entrevista a tu puta madre y deja de acosarme!!!! ò_ó”

—No me extraña que se largara sin decirte nada, “so asquerosa” —comentó mientras dejaba el teléfono sobre la mesa de la cocina.

Le hubiera gustado entrevistarse con Rubén, el primer abogado que tuvo Alejandro durante un corto periodo de tiempo. Le podría ofrecer mayor información sobre los procesos legales y cómo se gestionó el caso dentro del bufete de abogados. Pero no había forma de poner-

se en contacto con él. Sus familiares, que lo recibieron con las puertas abiertas, no le pudieron dar ningún tipo de información. Rubén se había esfumado, como si se lo hubiese tragado la tierra. La única que no se había pronunciado sobre el tema era su novia, ahora su ex. Y mejor habría quedado si no hubiese abierto la boca.

Cenó rápido, lo primero que encontró en el interior de la nevera y se puso a trabajar. Quería transcribir la entrevista cuanto antes, tenía pensado incluirla como material extra al final de la novela. Quizá en una edición especial limitada. “¿A qué precio la venderían? ¿24€? No, demasiado caro. ¿14€? Bueno, falta saber con qué calidades... porque se ve cada cosa que...”, fantaseaba mientras se cargaba el sistema operativo del ordenador de sobremesa. Una vez cargado por completo, abrió el documento con la anterior transcripción y empezó a teclear.

La calidad del audio digital era estupenda, sonidos limpios y sin cortes. “¿Y si vendieran el libro con la entrevista en CD. Sería algo novedoso, un éxito”, volvía a fantasear. De pronto, el ordenador se bloqueó, una pantalla emergió de la nada con el siguiente mensaje:

“Tu voz hará sanar este mundo. Cuida las palabras con que lo haces, periodista”.

World Revenge illustrated

Se quedó helado frente al monitor, no se atrevió a mover ni un músculo. “¿Los sádicos vengadores me acaban de amenazar? Pero si fueron arrestados, recuerdo haber leído algo en los periódicos. Si es una bro-

ma, no tiene ni puñetera gracia... ¡¿Cómo cojones han conseguido entrar dentro de mi ordenador?!”, pensaba sin salir de su asombro. Al final, decidió mover el ratón para comprobar si tenía el control del sistema y poder cerrar la ventana amenazante. Al mover el icono con forma de flecha, éste desprendió un rastro sangriento de aspecto siniestro. Cerró la ventana lo más rápido que pudo. E inmediatamente después se abrió el navegador web. La pagina oficial de la World Revenge illustrated se mostró ante sus ojos.

El periodista volvió a horrorizarse en su asiento.

Un video se reprodujo de forma automática.

“Welcome to the new and renovated “the original revenge”. United for a better world. See you soon”.

El periodista pudo entender, pese a su bajo nivel de inglés, que se trataba de la nueva y renovada asociación de justicieros que vengaban los abusos e injusticias de los derechos de autoría, ideas y trabajos de cualquier persona con aptitudes creativas. Aunque esta vez había cobrado una dimensión mundial. El periodista sintió curiosidad por saber más sobre aquella asociación, algún beneficio podía sacar de dicha amenaza, quizá como elemento promocional de la novela.

Inspeccionó la web a fondo. En ella se recopilaban todas las direcciones de las distintas asociaciones de Venganza, un apartado para solicitar “una justa venganza” y una recopilación de todos los vídeos de ejecución con subtítulos en inglés para que todo el mundo pudiera entenderlos. El periodista leyó por encima el título

de alguno de esos clips de vídeo, uno de ellos llamó su atención: Canción pegadiza por Eun-ji Eom. Era el único vídeo que en la imagen en miniatura no aparecía una escena de tortura. Se animó a reproducirlo, pensó que las escenas que se mostrarían en éste no serían de extrema dureza. Pese a tener curiosidad por ver alguno de los vídeos, que sabía que circulaban por internet desde hacía meses, nunca se había atrevido a ver ninguno.

Esa noche se animó.

“Todo por convertirme en un escritor millonario”, pensó mientras las primeras imágenes hicieron su aparición...

“—¡¡AAAH ES EUN-JIN EOM!! —gritaba un grupo de jóvenes mujeres enmascaradas. Fanáticas adolescentes del club de fans oficial de la nueva promesa del pop coreano, que habían sido invitadas especialmente a ese evento exclusivo— ¡Me caigo muerta! ¡Es ella!

Sobre el escenario una mujer, atada al pie de un micrófono anclado al suelo. El público gritaba enloquecido.

Una mujer vestida de gala y con el rostro oculto tras una máscara de cartulina con la imagen de la cara de la estrella del pop del momento, Eun-jin Eom, apareció sobre el escenario. Alzó su micrófono y la música empezó a sonar.

—¡Con todos ustedes Eun-jin Eom! —anunció con todas sus fuerzas.

El público gritaba enloquecido, aunque la cámara sólo enfocaban la primera y única fila de espectadoras.

Éstas coreaban el nombre de la cantante.

La música continuaba su melódica sintonía entre

destellos de neón.

Eun-jin Eom, con los ojos hinchados y el maquillaje corrido, miraba aterrada a su grupo de fans enloquecidas.

—Eun-jin, ¿qué te pasa? ¿No cantas? No has entrado a tiempo. ¿A caso has olvidado la letra? —preguntó la mujer que compartía escenario con ella—. Eun-jin, te he hecho una pregunta.

La cantante la miró confusa.

—¡Contéstame cuando te hablo, zorra! —la riñó al tiempo que la abofeteaba—. Es normal que olvides las letras de las canciones en tus directos de poca monta, pero lo que no voy a consentir es que calles ante mis preguntas.

La joven cantante intentó liberarse de sus ataduras en un intento desesperado por esquivar las severas manos de su agresora y, al final, usó todo su potencia vocal, gritó.

—¡jOoooh!! ¡Qué gran chorro de voz! —exclamó una fan desde el público.

—¡Qué total Eun-jin! ¡Me quiero morir! —gritó otra.

—¡AAAh! Va a ser mi nuevo tono de móvil —exclamó otra mientras configuraba su teléfono.

—¿Entiendes ahora por qué no tengo ninguno de sus cd's originales, Yeong? Cuando abre la boca desafina... —le explicó una de las fans a otra.

—¡¿Quién demonios sois vosotras?! ¡Soltadme! —gritó Eun-jin por encima de la música.

La mujer que compartía escenario, junto a la joven cantante, indicó con un gesto a sus compañeras para que cesaran la música.

El público calló.

—Eun-jin, Eun-jin... Esa boca. No querrás perder esos aires de elegancia que aparentas. Y digo aparentas, porque por mucho que te empeñes en comprar vestidos caros sigues siendo la misma embustera y barriobajera de siempre —le aclaró la mujer.

—¡¡Suéltame, loca!! —exigió la cantante.

La mujer enmascarada la volvió a abofetear.

—¡Un poco de respeto, niña! —protestó y la abofeteó de nuevo— Vamos a dejarnos ya de tantas tonterías, Eun-jin. Sabías muy bien que este día llegaría. Lo sabías desde que le robaste las canciones a la joven compositora, Nozomi Star.

—¡Eso es mentira! —exclamó Eun-jin.

—¿De veras? No lo creo, todas las pruebas dicen lo contrario. Eun-jin lo sabemos todo. Fingías falsas audiciones para así apoderarte de las canciones que más te interesaban.

El público quedó sorprendido.

—Qué fuerte me parece... Qué poca vergüenza —comentó una de sus fans indignada.

—Menos mal que no le he comprado ningún cd... —susurró otra.

Eun-jin seguía luchando por liberarse de sus ataduras mientras su compañera de escenario la miraba sonriente tras la máscara.

—Pero, ¿por qué estás tan alterada, Eun-jin? Si estás con tu público. Entre amigos —le explicó.

—¡¡Soltadme!! ¡¡Por favor!! —suplicó la cantante.

—¿Qué prisa tienes? Si el espectáculo no ha hecho más que comenzar.

—¡¡Sí, yo le robé la canción!! ¡¿Contenta?! —se sin-

ceró, de pronto, la joven cantante.

—¡Lo reconoce! Ahora sí que me quedo muerta — comentó una fan en voz alta.

—La verdad es que no, no estoy contenta. ¿A quién se le ocurre hacer una cosa así? —le preguntó la mujer extrañada. No se esperaba aquella repentina sinceridad.

—¡Rechazaban todas mis composiciones! Decidí comprobar si era por mi aspecto o por mi música, así que organicé una audición, copie la mejor canción y me volví a presentar en los estudios. Me ficharon a la primera. ¡Fueron ellos los que quisieron sacar esa canción como single, no yo! ¡Yo sólo quería demostrar que soy una estrella! —explicó la joven promesa del pop.

—¡Pero si en los créditos del single te atribuyes la autoría de la canción! ¡Qué embustera! —puntualizó una de sus fans.

—¡Se merece una paliza! —exclamó otra enfurecida.

—Tranquilas, Eun-jin, va a recibir lo que se merece —explicó la mujer al público indignado.

—¡¡Soltadme!! —exigió aterrada la joven cantante que seguía luchando por liberarse.

—No tengas miedo. Si lo que vas a recibir es un completo cambio de imagen. Vamos a convertirte en la mejor estrella del pop jamás creada —Le aclaró la mujer vestida de gala—. Yun-yun, por favor trae el bisturí. Vamos a empezar.

Otra mujer, vestida cual médica apunto de operar, ocultaba su rostro con la misma máscara que el resto de asistentes. Le entregó el utensilio quirúrgico y volvió al fondo del escenario para aproximar el carrito con lo necesario para el cambio de imagen.

La mujer vestida de gala rasgó el vestido y el sujetador de la cantante, dejándola en bragas delante de las que habían sido sus más fieles seguidoras. Éstas la miraron sorprendidas, atentas a lo que iba a suceder a continuación.

La mujer palpó los senos de la cautiva un par de veces.

—Te has operado los pechos. La verdad es que es una lástima tener que quitártelos. Te han quedado muy bien —le comentó.

Sin perder ni un segundo más en explicaciones banales, la mujer, seccionó su seno derecho. Los gritos histéricos de la joven cantante hicieron palidecer al público, que la miraba horrorizado. La prótesis mamaria cayó al suelo y resbaló unos metros hasta casi el final del escenario. El resto del seno natural, cayó a sus pies.

—Yun-yun, la plancha, rápido —ordenó la mujer.

Su compañera cogió la plancha doméstica, que previamente había calentado, y la colocó directamente sobre el músculo en carne viva, donde antes se encontraba su aumentado pecho. Eun-jin gritó enloquecida; el público se unió al éxtasis de horror mientras buscaban un lugar por el que escapar de aquel espectáculo de sangre.

La mujer limpió el bisturí con su vestido y procedió a hacer lo mismo con el otro seno. Después, su asistente hizo lo propio para sellar la herida. Eun-jin quedó pálida, por la gran cantidad de sangre perdida, únicamente sostenida por las ataduras que la retenían. La mujer se concentró en su tarea, su asistente le entregó una pieza metálica en forma de seno. Se trataba de un altavoz en forma de mama. La mujer le colocó uno de ellos, sobre la zona del pecho derecho, y su compañera procedió a

atornillarlo rápidamente al cuerpo. Repitieron el proceso con el otro altavoz hasta que ambos estuvieron bien anclados al pecho de la cantante.

Revisaron los veinte tornillos, diez para cada pecho metálico, y se limpiaron el sudor de la frente.

El público, que había dejado de mostrar interés por la renovada estrella del pop, forzaba la única puerta de acceso al recinto. Algunas de ellas se quitaron las máscaras de cartulina, desesperadas por conseguir un poco más de aire en sus cuerpos aterrorizados.

Las dos mujeres, sobre el escenario, continuaron sus tareas sin prestar atención a las fans enloquecidas.

La mujer vestida de médico configuró, siguiendo las instrucciones del manual, los pechos electrónicos.

La otra se dedicó a embellecer la cara de la cantante. Con una aguja e hilo, le cosió unas pestañas postizas ornamentales, sobre sus párpados.

Eun-jin se sentía desfallecer por el dolor. Éste era tal, que su cerebro, en un mecanismo de defensa, bloqueó todo estímulo procedente de las zonas dañadas. Por unos instantes, se había vuelto inmune a la tortura. Reunió todas las fuerzas que le quedaban y en un intento desesperado por liberarse de sus sádicas secuestradoras, movió la cabeza con rabia al tiempo que gritaba hasta el punto de dañar sus cuerdas vocales. Su reacción pilló a la mujer por sorpresa, asustándola. Ésta separó las manos rápidamente del rostro de la joven sin soltar la aguja, y rasgó la piel del párpado derecho por la mitad. El cerebro de Eun-jin no pudo bloquear la nueva agresión, se colapsó al no poder procesar tanta información dañina y la joven se desmayó.

La mujer la observó, tras su máscara de cartulina, viendo como la sangre le brotaba de su ojo, sin pausa, descendiendo sobre su cuerpo desnudo.

Al final de la sala, una de las seguidoras se desmayó al contemplar, desde el centro del grupo de chicas a lo lejos, la nueva imagen de la que había sido su mayor referente estético. El resto de fanáticas continuaban aporreando la puerta entre gritos desesperados, sin darse cuenta de que una de sus compañeras se encontraba en el suelo. No tardaron en pisotearle el cuello, rompiéndole las vértebras y dejándola parálitica para el resto de sus días...”

El periodista pausó la reproducción del video, ya había tenido suficiente. La imagen se paralizó justo en el momento en que a la joven fan pisoteada se le desprendía uno de sus ojos, tras un fuerte pisotón.

Pálido y mareado, apagó el ordenador.

Salió de la habitación, se le habían pasado las ganas de ponerse a escribir. Se tumbó en su cama y pensó en los motivos por los que una persona podía llegar hasta tal extremo de violencia.

Él tenía muy claro que no quería enfocar su novela desde el punto de vista de la asociación de justicieros, quería contar los acontecimientos originales tal y como sucedieron en realidad, dejando de lado toda la prospección sangrienta que tuvo y sin profundizar en las escenas de muerte. Personalmente, no le gustaba y, además, eso restaría posibilidades de cara a una futura comercialización.

Cerró los ojos y pensó en cómo estructurarla hasta

que el cansancio se apoderó de él y sin darse cuenta, se quedó dormido.

7

Tras meses de trabajo, reuniones y retoques finales, el libro se dio por terminado. Y un viernes de primavera, por fin, se puso a la venta en las librerías de todo el país. Anunciado como el libro del año, se empapelaron las ciudades con grandes carteles. La novela no tardó en escalar puestos hasta la cima, en la lista de los más vendidos. Los grandes almacenes, tiendas y librerías se peleaban por conseguir una sesión de firmas con el autor, en sus locales. La editorial, encantada con el asunto, reservaba las fechas conforme a su calendario promocional. Ya tenía cerrados la totalidad de los meses de primavera y verano.

El periodista bajó del coche y contempló el cartel que anunciaba el evento:

*Sesión de firmas
Esta tarde a las 18:00
Miguel Laguna
Autor de "La Venganza del ilustrador"*

A pesar de llegar con una hora de adelanto, la cola ya daba la vuelta a la esquina. Su agente editorial lo acompañó al interior de la tienda hasta la sala de espera que habían habilitado para tal propósito.

—Volvemos a ser número uno una semana más — comentó sonriente el agente.

—¡Estupendo! —contestó eufórico el periodista mientras se servía una copa de cava para celebrarlo.

Lo había conseguido, se había convertido en un autor de éxito. Y, aunque solamente tuviera un libro en el mercado, su cuenta corriente ya poseía un par de ceros más y la cifra iba en aumento.

Se terminó la copa y se acomodó en el sofá.

—Ya puedes ir pensando en la siguiente novela —le comunicó su agente entre sorbos de alcohol—. ¿Qué te parece escribir sobre la “World Revenge Illustrated”?

—¿Cómo? Ni loco, esa gente es peligrosa —protestó el periodista, asustado con la idea de entrevistar a uno de esos individuos.

—¿No me dijiste que se pusieron en contacto contigo?

—Sí, pero para amenazarme.

—Poco o nada se sabe de ellos —comenzó a explicar el agente—. Sería interesante saber cómo se organizan, cómo comprueban la veracidad de las denuncias, cómo planean la ejecución de sus venganzas y demás. ¡Sería otro éxito asegurado!

—Sería mi muerte asegurada... Conmigo no cuentas para ello —afirmó rotundamente el periodista—. Yo había pensado en otro enfoque, ¿qué tal sobre la perspectiva de las víctimas de la asociación?

—Eso son tonterías, lo realmente interesante es la

asociación en sí. ¿Cómo va tu nivel de inglés? —volvió a insistir el agente.

—Ya te he dicho que conmigo no cuentas para entrevistar a unos sádicos psicópatas. No pienso meterme en la boca del lobo, y menos ahora que empiezo a ganar dinero.

El agente rió descaradamente.

—No puedes vivir eternamente del éxito de un libro —le explicó—. El éxito es pasajero, y lo sabes. O escribes cosas nuevas o la gente se olvidará de ti. Dentro de unos años, a nadie le interesarán los crímenes de Alejandro.

—Lo sé, pero no hace falta jugarse la vida para escribir una nueva novela —protestó de nuevo el periodista.

—Está bien, pero si no la escribes tú, la escribirá otro... y habrás perdido miles de millones de euros y la oportunidad de consagrarte como el autor más vendido de todo el país —insistió de nuevo el agente, haciendo énfasis en los puntos que más le interesaban al recién estrenado escritor.

El periodista se quedó pensando si debía o no aceptar aquella oferta. Por una parte, podría ser la consagración como autor que tanto había soñado pero, por otra, podía ser el fin de sus días.

—Ni siquiera he podido ver hasta el final el maldito video de venganza. ¿Cómo voy a ser capaz de entrevistarles? —confesó tras pensar en la idea.

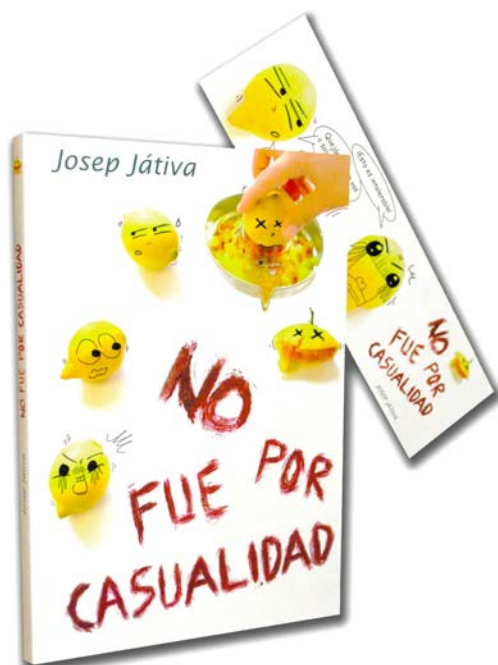
—Tú, por si acaso, ve mejorando tu inglés. Ya volveremos a hablar de esto más adelante. Ahora prepárate para la sesión, salimos en cinco minutos.

Los lectores guardaban pacientemente a que sus ejemplares fueran firmados. La mayoría de ellos eran estudiantes y profesionales del diseño gráfico así como pintores, fotógrafos y futuras promesas del arte. La mayoría sentían curiosidad por saber cómo empezó todo; Cómo le robaron la ilustración, cómo consiguió averiguarlo y lo más importante, cómo fue su venganza. La novela se había convertido en un referente, un ejemplo a seguir. Y aunque muchos recurrieron a la World Revenge Illustrated para denunciar sus casos, otros decidieron ir por la vía legal denunciándolos ante la justicia.

Los lectores dejaban su ejemplar sobre la mesa, decían su nombre y esperaban con recelo su copia dedicada por el autor. Mientras, éste se preguntaba si le compensaría escribir sobre la asociación de vengadores y jugarse la vida en ello. O arriesgarse con una historia de ficción como las que siempre quiso contar, pese a sus dificultades creativas. Eso era algo que no podía decidir en un día, debía pensárselo bien. De momento, aprovecharía al máximo el ansiado éxito editorial.

Y mientras el periodista firmaba los ejemplares, el mundo se convertía en un lugar más justo en el que vivir.

También a la venta



Novel escrita y autoeditada por Josep Játiva

Papel + Marcapáginas: **10€**
Libro electrónico (e-Book): **0,89€**

Tienda On-line:

Edición **IMPRESA** y **ePub** en:

<http://josepjativa.blogspot.com/p/tienda.html>

Versión para **Lectores Kindle**:

<http://www.amazon.es/dp/B00737OUCW>



Más información:
josepjativa.blogspot.com